

toqué en el hombro a mi amigo y le dije,
señalándole el sitio ocupado por ella :

— Mira.

La muchacha reía a carcajadas.

Sin duda le había hecho mucha gracia
ver a aquel hombre por los aires.

ELSA

Elsa.

Se representaba *Lohengrin*, la hermosa leyenda alemana puesta en música por Wagner. Yo, sentado en una butaca, seguía con atención creciente, más que los geniales acordes de la orquesta, el asunto que los inspiraba : la historia de aquellos amores, melancólicos como los tonos del cielo germano y poéticos como la superficie silenciosa y azul de los inmensos lagos que se extienden por la patria inmortal de los sueños y de las quimeras.

¡Qué maravillosa tradición la del héroe

sobrehumano que, caballero en un cisne de blanquísimas plumas, avanza al encuentro de la virgen enamorada y la protege con su brazo y proclama a la faz del mundo su inocencia, y se une a ella y la hace disfrutar los goces de un amor divino, para abandonarla luego y sumergirse en el seno de las aguas tranquilas, hasta cuyo seno llega la luna quebrándose en haces luminosos que alumbran el fantástico palacio de aquel genio protector y sublime!

Con ser falsas, con ser imposibles todas estas imágenes, todos estos hechos sobrenaturales que brotan de la imaginación del hombre cuando quiere justificar el nacimiento de un pueblo o de una raza, atraen, seducen el deseo de verlos transformados en realidad, ya que la realidad en sí ofrece tan escasas bellezas y tan pobrísimos encantos.

Desde el escenario donde se desarro-

llaban tales artísticas escenas volvíanse mis ojos a la espaciosa sala, y parecíale ella marco perfecto para contener los fantásticos personajes del poema alemán. La blanca luz de las lámparas eléctricas se reflejaba con iguales y enérgicos matices en los dorados adornos, en el oscuro y reluciente terciopelo, en las balaustradas de madera y en el caprichoso conjunto de la techumbre, para deslizarse después, con suave y minucioso resplandor, por las espaldas desnudas de cientos de mujeres encantadoras, para morir temblando entre los pliegues de un justillo de seda, hipócrita encubridor de las desnudeces del seno, para subir lascivamente por la robusta curva de unos hombros, para acariciar las líneas, ora esculturales, ora atrevidas y graciosas, de aquellos rostros embellecidos por una sonrisa de placer o por un gesto de satisfacción y de ventura... ¡Espléndido

serrallo donde la imaginación, más rica que todos los sultanes de Oriente, podía escoger a su gusto, sin temer al cansancio y burlándose del hastío!

Entre aquellas mujeres había una que llamó singularmente mi atención. Rubia, delgada, esbelta, vestida de blanco, con un sencillo prendido de flores en el pecho y apoyada la barba sobre una mano pequeña y nerviosa, seguía ella también con afán indudable la historia de Lohengrin y la inmensa pasión de la virgen de la leyenda. Los ojos azules de esta otra virgen, ataviada a la moderna, resplandecían con infinita y melancólica ternura, mientras sus labios entreabiertos semejaban aspirar con deleite la atmósfera de majestad y de belleza con que envuelve a su héroe el poeta alemán.

— Ella también — murmuraba yo para mis adentros — soñará con un amor casi

divino, exento de impurezas, de egoísmos y de traiciones; pletórico de desinterés y de ternura; exuberante de fantasía y de pasión. Acaso por los rincones de su cerebro danza la imagen de un Lohengrin que, si no va vestido de plata, ni vive en las transparentes profundidades de un lago, será bello, fuerte, generoso, poético... Tal vez ese Lohengrin existe; sin duda se esconde en aquella fila de butacas adonde esta preciosa criatura dirige sus gemelos, y que yo no alcanzo a distinguir desde la mía.

¡Dichosa ella si es adorada por un ser de tan excepcionales condiciones!... Dichoso él si posee el amor de esa niña a quien sólo le falta destrenzarse la cabellera para convertir en carne el sueño de amores acariciado por un juglar en el brumoso horizonte de la Germania!...

El último acto tocaba a su término. Lo-

hengrin, despidiéndose de su adorada y arrojando en sus brazos el fruto de su amor, desapareció en las profundidades del lago, y yo abandoné mi butaca y me dirigí precipitadamente al *foyer* para contemplar de cerca a la mujer rubia que tan en consonancia estaba con la obra que concluía de representarse.

No tardó en aparecer delante de mis ojos, arrebujaado el cuerpo con amplio y elegante abrigo de seda, y acompañada por una anciana respetable, que debía ser gran persona, a juzgar por los innumerables saludos que la hicieron a su paso por el *foyer*.

— ¿Dónde está tu novio? — dijo aquella señora a la niña.

— No sé — respondió ésta —; no lo veo.

Y se puso a registrar con sus ojos azules y dormidos todos los ámbitos del salón.

— ¡Ah! — murmuré yo —; la virgen tie-

ne su Lohengrin. Y voy a conocerlo ahora mismo — añadí al ver que la muchacha, volviéndose a la anciana, exclama:

— Ahí está.

Envuelto en un gabán de pieles y apoyándose en un bastón con puño de plata, avanzó hacia la joven un mozalbeta delgado, enclenque, mal configurado, de rostro cetrino y ojos saltones y faltos de expresión. En el dedo anular de su mano izquierda brillaba un diamante de gran precio, y cuando se quitó el sombrero para saludar a las damas, dejó al descubierto una frente estrecha y deprimida, que acusaba la imbecilidad más absoluta.

— ¡Vaya un Lohengrin! ¿Y estos son los amores de una virgen? — exclamé yo con rabia, como si hubiese recibido un insulto.

— Vuestro carruaje no ha venido aún. Os ofrezco el mío — dijo el mozalbeta.

— Vamos—repuso la anciana.

Y se dirigieron a la puerta del *foyer*.

— ¡Ahora me lo explico todo!—murmuré yo, riendo por lo bajo al ver el vehículo que el tísico galán ponía a disposición de la joven.

No era precisamente un cisne, pero era una berlina de todo lujo, tirada por dos caballos que valían un dineral.

UN DIVORCIO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
BIBLIOTECA VICERRECTORIA
"ALEJANDRO REYES"
1940. 1925 MONTERREY, MEXICO

Un divorcio.

Hacía un mes de matrimonio... ¡Cuánto se quisieron de novios!... ¡Qué deliciosa pareja formaban después de casados!... ¡Cómo se paraba la gente en la calle cuando salían juntos, para señalarlos, ensalzando en él los prestigios de un nombre conocido en el mundo del Arte, y en ella la hermosura, la inocente coquetería de los ademanes, el azul resplandor de sus ojos, velados por largas pestañas, el suave cimbreo de su cuerpo y la deliciosa armonía de su conjunto, donde se confundía,

en crepúculo encantador, la virgen que ha dejado de serlo y la esposa que lo empieza a ser!

Él inspiraba simpatía con su aspecto de luchador, su perfil atrevido, sus ojos tenaces, dirigidos hacia adelante como una sonda que penetrase, para medirlos y vencerlos, los abismos del porvenir; su frente, bruñida por el continuo ir y venir de los pensamientos; su bigote, erizado sobre unos labios voluntariosos; su barba firme y su cuello de atleta. Ágil, nervioso, trajeado con indiferente desaliño que llegaba al descuido sin tocar en la dejadez, y le prestaba una elegancia personal que no era deudora de vasallaje a los figurines de sastrería, era un hombre del que ella podía mostrarse orgullosa.

Y ella... A ella daba gozo mirarla, tan peripuesta, tan bonita, tan satisfecha de su casorio; agarrándose muy fuerte al

brazo de él y marchando a su lado, con los párpados medio caídos y la boca entreabierta, como si aún sintiera agitada su sangre por el primer beso de amor; ese beso a cuyo contacto la mujer adelanta los labios y cierra los ojos, porque a la vez tiene codicias de recibirlo y vergüenza de verlo. Esbelta, deliciosa, respirando felicidad y moviendo a compás sus piececitos, holgadamente prisioneros en unas botas de taflete, era, vista en la calle, si su alma respondía a la estructura de su carne, la más hechicera imagen donde pudo encarnarse un porvenir.

— ¡Qué buena pareja hacen! — exclamaban todos al verlos—. Han nacido el uno para el otro.

Y no era cosa de dudarlo, puesto que ellos lo creían también. Se casaron como dos locos; seducido él por la belleza de ella, por la bondad de su carácter, por la

modestia de sus aspiraciones, porque no dudaba de que fueran tales signos exteriores anuncio de un futuro dichoso, donde las almas se compenetrasen al primer choque, como los cuerpos se habían compenetrado al primer abrazo. Así se casó él; como ella lo hizo sugestionada por el grajeo de las palabras de él, por la fantasía de su imaginación, por el afán de poseer a un hombre de quien todos se deshacían en elogios y calurosas alabanzas. ¡Y se entenderían perfectamente!... ¡Vaya!... ¿No se habían entendido hasta entonces? «—¿Me quieres? —Sí. —Tú eres mi dicha. —Tú la mía. —¿Verdad que sientes como yo? —Como tú y contigo. —¿Verdad que eres mía, completamente mía? —Nada más que tuya.» Nunca discreparon en esto desde que empezaron a adorarse hasta que el cura les echó la bendición buscando la del cielo con sus pupilas de anciano creyente.

Verdad es que después de los quince primeros días, durante los cuales vivieron como viven los pájaros en primavera, embelleciendo el nido con sus trinos, con sus caricias y con sus locuras, que parecen locuras de ángeles porque abren las alas y se perpetran cerca del cielo, notó ella que un artista es un ser muy raro, distinto de los otros; que no eran todo esplendores en su presente, ni goces en su vida de recién casada; que más abundaba en talleres de pintura el estudio de su marido que en billetes del Banco los cajones de la mesa del despacho; que el dinero podía faltar de un momento a otro, y que él no trabajaba mucho por adquirirlo, porque no era seguramente trabajar aquello de pasarse las horas muertas tumbado boca arriba sobre una *chaise-longue*, arrojando humo por las narices y por la boca, sin hablar palabra y con los ojos fijos, inmó-

viles, sin darse cuenta de los objetos exteriores, como si mirasen hacia adentro y hubieran cegado por fuera... Pero aquello no tenía importancia... Al mes de matrimonio no podía exigirle que entrase en la normalidad de la vida: natural era que sólo pensase en adorarla; natural que se entregara a descansos forzosos; que el trabajo le repugnara... Más adelante sería otra cosa; no iba a faltarle nada..., ni lujo, ni distracciones, ni placeres... Un artista de tanto renombre está libre de miserias, de privaciones y de ayunos. ¡Pues no faltaba más!... Estaba segura de no engañarse.

Esto es lo que notaba ella en su marido; y él..., palabra de honor que no había notado nada en ella, sino que era muy mona y que sería la impresión viviente de la novela soñada por él en su juventud... Claro que su educación burguesa y ruti-

naria la obligaba a no comprender ciertas cosas..., pero era demasiado pronto; en el fondo del espíritu de su mujer había todo lo que él necesitaba. Hallábase cierto de encontrarlo el día que necesitara pedirlo... Las contrariedades minúsculas que su mujer experimentó cuando él, bien contra su voluntad, no pudo satisfacer alguno de sus inocentes deseos; el desasosiego que manifestó cuando le dijo un día que les era preciso moderar sus gastos; algún que otro bostezo escapado a su boca mientras él se daba a pensar horas y horas en su cuadro futuro, pasaron como nieblas del amanecer en mañana de julio: una caricia se convertía en rayo de sol para disiparlas. Ella le entendía, ¡claro que sí! Era su otro yo; el ángulo complementario de su vida...

Y sin otras preocupaciones que aquellas, felices como nadie, y como nadie seguros de entenderse siempre, estaban un

día en el estudio; él sentado en su silla de tijera, con la paleta en una mano, el pincel en la otra y el lienzo delante; ella con el ovillo de hilo sobre la falda, la aguja entre los dedos y la labor sujeta a la rodilla por un alfiler; él pensaba en su próximo triunfo; ella en una cuenta que no se había podido pagar, y mientras él se desabrochaba la blusa de trabajo como si no quisiera verse oprimido por ningún obstáculo en la concepción trabajosa de su obra, ella se arreglaba coquetonamente los encajes del *matinée*, para que su marido la encontrase muy guapa.

Hubo unos momentos de silencio, sólo turbado por el roce del pincel sobre el lienzo y por el entrar y salir de la aguja en los dobleces de la costura... De pronto él se volvió: tenía el espíritu caldeado por la inspiración; su cuadro, apenas abocetado sobre la tela, surgía entero y lleno de

grandeza en el interior de su cráneo; sentíase vencedor antes de triunfar; la fiebre de la lucha, extendiéndose por su semblante, le comunicaba una seguridad sublime, y la conciencia de su genio subía a sus labios, ansiosa de caer en oídos que ni se cerraran a impulsos de la envidia, ni se quedaran sordos en un espasmo de indiferencia... ¿Qué mejor depositario de sus esperanzas que la hermosa criatura que tenía enfrente, aquella en quien había vinculado su porvenir?... A ella se volvió, y cogiendo entre las suyas sus manos, clavando en sus ojos azules los suyos, relampagueantes de fiebre, de ambiciones, de sueños de gloria, le dijo:

— Mira, vida mía. ¿Ves ese lienzo a medio pintar, esas figuras indecisas que sobre él se abocetan, eso que parece una mancha oscura y una tela grosera?... Pues es algo muy grande; una matriz fecunda y potente,

donde mi cerebro va a arrojar el germen de una concepción vigorosa; ahí está, yo lo veo, un triunfo, a cuyo lado valdrán poco todos cuantos hasta ahora obtuve. Mi cuadro será algo sublime, porque lo tendrá todo: idea, forma, armonía y color; yo lo miro, lo miro tal y como ha de ser, y al mirarlo gozo... No más victorias regateadas y vulgares; quiero un triunfo definitivo, y ese triunfo está aquí. Con este cuadro venceré a la envidia, afirmaré mi nombre, seré grande... No lo dudes, lo juro. O no valgo nada, o estoy loco, o esta obra será la columna más firme de mi reputación y de mi gloria. ¡Oh, qué dicha!... ¡Vencer a todos!... ¡Ser superior a todos! ¿Comprendes mi gozo; comprendes lo que esto representa para mí..., para nosotros, porque mis victorias son tuyas? Lo comprendes. ¿Verdad que lo comprendes, bien mío?

— ¡No he de comprenderlo! — respon-

dió Julia con el rostro coloreado por la alegría —. Si tu cuadro es como lo imaginas, vamos a ser muy felices.

— ¡Mucho, amor mío!

— ¡Ya lo creo que sí! Lo menos te dan por él diez mil duros. ¡Cuánto dinero!

El pintor miró a su mujer con asombro.

— ¡Nada más que eso — le preguntó con voz nerviosa — se te ocurre, después de oírme? ¿No esperas nada más?

— ¡Te parece poco!... ¿Crees que te darán más dinero por él?...

El artista se puso pálido; sintió algo así como si le hubieran hundido un puñal en el alma, y arrojó al suelo con desesperación los pinceles y la paleta.

— ¿Qué tienes? — dijo ella.

— Nada. Es el cansancio del trabajo; hoy no trabajo más.

Y dirigiéndose hacia su cuarto, exclamó en voz baja: